PENÍNSULA

53 DÍAS

TIMOTHY W. RYBACK

CÓMO HITLER DERRIBÓ UNA DEMOCRACIA



A LA VENTA EL 11 DE NOVIEMBRE

***Autor disponible para entrevistas**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas I Responsable de Comunicación Área de Ensayo
689 771 980 I easpas@planeta.es

SINOPSIS

Del colapso de Weimar al ascenso de Hitler: una crónica esencial para entender las fragilidades de la democracia

En septiembre de 1930, Adolf Hitler juró ante el Tribunal Supremo que solo usaría vías legítimas para alcanzar el poder. En enero de 1933, fue nombrado canciller. Lo que siguió no fue un golpe militar, sino una demolición interna: en un implacable lapso de solo 53 días, se valió de la propia Constitución para desmantelar la democracia desde dentro. Guiado por el plan estratégico de *Mein Kampf*, Hitler utilizó maniobras políticas, intrigas y las propias herramientas institucionales para suspender las libertades civiles, amordazar a la prensa, purgar el Estado y encarcelar a sus opositores, hasta forzar la Ley Habilitante que le otorgó el poder absoluto.

Timothy W. Ryback captura con maestría la incertidumbre y las tensiones políticas de aquellos días decisivos y, a través de archivos inéditos, rescata el esfuerzo desesperado de periodistas y socialdemócratas por salvar la República de Weimar. La obra demuestra sin miramientos que nuestras democracias corren el mayor peligro cuando las constituciones, los tribunales y las instituciones se vuelven en contra de las mismas libertades para las que fueron diseñadas proteger.

«Un escalofriante recordatorio de la fragilidad de la democracia y de lo fácil que es perderla a manos de los líderes que nosotros mismos hemos elegido.»
Steven Levitsky, coautor de *Cómo mueren las democracias*

EL AUTOR



Timothy W. Ryback es cofundador y director del Instituto para la Justicia Histórica y la Reconciliación (La Haya). Ha analizado el legado nacionalsocialista en *The Atlantic*, *The New Yorker*, *Financial Times* y *The Wall Street Journal*. Entre sus obras, *The Last Survivor* fue destacada por *The New York Times* y *Los libros del Gran Dictador* fue seleccionada por *The* Washington Post como mejor libro del año.

ÍNDICE

Nota del autor 13

Preludio: La jornada de Hitler en los tribunales 19

PRIMERA PARTE: UN MES DE LUNES

Día 1. Triunfante 33

Día 8. Guerra a la prensa 49

Día 15. Depuración de funcionarios 67

Día 21. Reclutar al empresariado 95

Día 28. Guardarraíles 111

SEGUNDA PARTE: LA SEMANA QUE FUE

Día 29. Suspensión de las libertades civiles 129

Día 34. Jornada electoral 149

Día 37. Acabar con los derechos de los estados 161

TERCERA PARTE: LAS MAREAS DE MARZO

Día 50. La ciénaga 179

Día 53. El día de los mil años 195

Epílogo 219

Agradecimientos 223

Notas 227

Glosario 255

Créditos de las imágenes 269

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

PRELUDIO

La jornada de Hitler en los tribunales

Jueves, 25 de septiembre de 1930

«Poco después de las nueve de la mañana del último jueves de septiembre de 1930, Adolf Hitler sube al estrado reservado a los testigos en el Reichsgericht, la máxima instancia judicial de la República de Weimar. Ha sido convocado por el alto tribunal, con sede en Leipzig, para que testifique en el juicio que se celebra contra tres oficiales de la Reichswehr acusados de violar el tercer artículo del código militar (que prohíbe la agitación política en el ejército), supuestamente con la colaboración de los nacionalsocialistas de Hitler.»

«Hans Frank, principal asesor legal del partido y abogado personal de Hitler, ejerce de ayudante en la defensa de los tres oficiales de las fuerzas armadas, y ha querido que Hitler acudiera como testigo a negar personalmente cualquier vínculo con una conspiración y a reiterar su compromiso con el respeto al orden constitucional y el Estado de derecho. […] Que Hitler declarase ante la más elevada instancia judicial del país podía servir para desactivar la preocupación de los votantes conservadores, que desconfiaban de los elementos más radicales del movimiento nacionalsocialista.»

«Theodor Heuss era delegado del Reichstag por el prodemocrático Partido del Estado Alemán, y había contemplado el ascenso político de Hitler con una mezcla de fascinación y creciente inquietud. Al igual que Frank, a Heuss le asombraba la sobrehumana capacidad de Hitler para reformular eventos y relatos en su beneficio. Según él, Hitler estaba poseído por una «vanidad hipersensible» que lo hacía rápido a la hora de detectar cualquier cosa que percibiera como «insulto o falta de respeto», y que se sumaba a una necesidad insaciable de ser el centro de atención, siempre, en cualquier lugar, en todas partes.»

«Hitler exhibió esa perseverante beligerancia en 1924, durante el juicio por traición celebrado en marzo de ese año, durante un mes, en relación con su *putsch* fallido del año anterior, cuando convirtió la sala de vistas de Múnich en una plataforma política bajo los auspicios de un siempre benévolo juez de distrito. El acusado se dedicó a despotricar contra las democracias blandas y a defender la supremacía de la fuerza bruta sobre el debido proceso y el Estado de derecho. Hitler citó a Federico el Grande, el legendario monarca prusiano, que afirmó que «la ley es inútil a menos que se defienda con la punta de la espada». […]»

««Ha sido usted convocado a declarar como testigo a petición del magistrado Frank — anunció Baumgarten sin atisbo de solicitud ni ceremonia—. Va a ser interrogado como testigo de que el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán persigue sus fines exclusivamente por medios legales y no pretende el derrocamiento violento de la Constitución ni del Gobierno.» Baumgarten recordó al compareciente que no figuraba como encausado. «En este tribunal, usted es meramente un testigo.» Prosiguió exponiéndole que, como testigo de la defensa, debía aportar hechos e ideas, y añadió: «Pero no debe pasar horas pronunciando un discurso propagandístico en favor de su partido». […]»

«Hitler reivindicó su derecho constitucional a tomar medidas tan draconianas. Recordó a Baumgarten que el primer artículo de la Constitución de Weimar declaraba explícitamente que el Gobierno era expresión de la voluntad del pueblo. Prosiguió manifestando que esa Constitución establecía un «marco» dentro del cual los partidos políticos debían operar, pero no establecía cuál podía ser el «objetivo final» de esos partidos. «Nosotros vamos a acceder de manera legal a las estructuras de Gobierno y de ese modo estableceremos nuestro partido como fuerza determinante — declaró—. Y entonces, claro está, cuando estemos en posesión del derecho constitucional, daremos al Estado la forma que estimemos más adecuada.»»

«Menos de tres años después, el 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller. En una de las transformaciones más asombrosas de la historia de la democracia, emprendió la tarea de destruir una república constitucional por medios constitucionales. Lo que sigue es un relato paso a paso del modo en que Hitler desactivó primero, y desmanteló después, las estructuras y los procedimientos democráticos de su país en menos de dos meses; concretamente, en un mes, tres semanas, dos días, ocho horas y cuarenta minutos.»

PRIMERA PARTE

Día 1. Triunfante

Lunes, 30 de enero de 1933, 17.05 horas

«Millones de personas en Alemania han recibido con júbilo la jornada de hoy, el día en que el gabinete del Reich, bajo mi liderazgo, ha sido nombrado por el presidente del Reich», declaró Hitler ante sus ministros, sentados en torno a la mesa de la sala de reuniones de la cancillería del Reich. […] No había beligerancia ni triunfalismo en su manera de expresarse. Su intención era que el acta de la reunión reflejara la buena voluntad que aportaba al cargo como decimoquinto canciller de la República de Weimar y sucesor de Otto von Bismarck, el «Canciller de Hierro» del siglo XIX […].

«Según los procedimientos parlamentarios normales, un futuro canciller — por lo general el líder del partido político más destacado— negociaba un Gobierno de coalición que le diera una mayoría simple en el Reichstag, y posteriormente presentaba ese gabinete al presidente del Reich. Si este lo avalaba, el canciller y sus ministros juraban o prometían acatar la Constitución y asumían el control del Gobierno. El proceso de creación de aquellas coaliciones podía implicar semanas de escenificación pública y negociaciones a puerta cerrada. Pero en el caso del gabinete de Hitler, los acuerdos se cerraron en menos de cuarenta y ocho horas […]. A Hitler se le permitió nombrar a dos nacionalsocialistas — Wilhelm Frick como ministro del Interior y Herman Göring como ministro sin cartera— en un gabinete compuesto por once miembros en el que Franz Seldte sería ministro de Trabajo, y su socio político, Alfred Hugenberg, ejercería de ministro de Economía de Hitler y tendría un papel clave en su Gobierno.»

«La ley propuesta por Hitler, denominada «Ley para aliviar el sufrimiento del pueblo y del Reich», era inédita en su planteamiento de suspender la Constitución y de dotar al canciller de una autoridad ejecutiva ilimitada. El reto, para Hitler, pasaba por asegurarse el voto

favorable de dos tercios del Reichstag, tal como exigía el mandato constitucional. La coalición Hitler-Hugenberg contaba con 249 delegados en la cámara, por lo que, para alcanzar la mayoría exigida, necesitaba otros 138 votos. Hugenberg propuso ilegalizar el Partido Comunista e invalidar el mandato de sus cien delegados en el Reichstag. «De otro modo — expuso— no será posible garantizar la mayoría en la cámara, y menos una mayoría de dos tercios.» Hitler temía que esa iniciativa desencadenara una serie de huelgas de alcance nacional […]»

«Esa tarde, Hitler se asomó a la ventana de la Cancillería del Reich junto a Frick y a Göring mientras 20.000 voluntarios de la Sturmabteilung (Sección de Asalto), portando antorchas encendidas, desfilaban a través de la Puerta de Brandemburgo y enfilaban la Wilhelmstrasse en un estallido de luz, vítores, música y cánticos. Frank se sintió abrumado. La decepción remitió. «Este es nuestro movimiento — pensó—. Esto es creación nuestra.» A Goebbels, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, aquello le parecía «un cuento de hadas». Esa tarde, al entrar en el Reichstag, Hitler había prometido que «ninguna fuerza sobre la tierra me sacará de aquí con vida».»

«Hindenburg se había negado a nombrar canciller a Hitler en agosto de 1932, y una vez más ese noviembre. Había prometido no hacer nunca canciller al líder fascista «por Dios, por mi conciencia y por la madre patria». El presidente desaprobaba sus políticas divisivas y de incitación al odio. Le perturbaban especialmente las votaciones cada vez más obstruccionistas de los delegados nacionalsocialistas en el Reichstag, que se dedicaban a paralizar procesos legislativos y obligaban al Gobierno a depender de manera creciente de los poderes de emergencia previstos en la Constitución.»

«Von Papen avaló la candidatura de Hitler, y le aseguró a Hindenburg que el «gabinete de los monóculos» se encargaría de mantenerlo a raya. Pasó por alto mencionarle la advertencia que le había transmitido Duesterberg, colíder de los Stahlhelm, que conocía a Hitler desde la década de 1920, y cuyas palabras habrían podido llevar a Hindenburg a reconsiderar su decisión. «Ni apelaciones al honor, ni juramentos, ni acuerdos ni leyes ni constituciones», le había dicho Duesterberg a Von Papen, frenarían a Hitler en su afán por el poder, que ocupaba por completo su mente. Hindenburg nombró canciller a Hitler a regañadientes, y con una condición: que nunca lo dejaran a solas en la misma habitación con su nuevo jefe de Gobierno.»

Día 8. Guerra a la prensa

Lunes, 6 de febrero de 1933

«La noticia que ocupaba las portadas ese segundo lunes de Gobierno de Hitler, en los periódicos que aún no habían sido prohibidos, era el anuncio de un Decreto de Emergencia, aprobado el sábado 4 de febrero en virtud del Artículo 48, por el que se prohibían periódicos críticos con el nuevo Gobierno o con altos cargos de la administración. Para cualquiera que estuviera familiarizado con el manual de estrategia de Hitler, no podía representar la menor sorpresa que el primer decreto de urgencia de su mandato pusiera en la diana a la prensa opositora.»

«El desaliento que expresaba la prensa de centro se tornaba en pánico en la de izquierdas. Comunistas y nacionalsocialistas se enfrentaban con violencia en ciudades de todo el país.

Philipp Scheidemann, el «criminal de noviembre» al que Hitler deseaba ver atado y colgado de una farola junto a la Puerta de Brandemburgo, llamaba a la huelga general. Friedrich Stampfer, editor de Vorwärts, cuyas oficinas fueron atacadas y saqueadas por la Sección de Asalto, limpió el desastre y siguió publicando su periódico.»

«Joseph Goebbels se mostraba entusiasmado. «Ahora contamos además con un nuevo medio de control sobre la prensa, y las prohibiciones llegan deprisa y con fuerza — anotó en su diario el 15 de febrero—. Vorwärts y Uhr-Abendblatt (todos esos periódicos judíos que tantas penas y problemas nos han causado) desaparecen súbitamente de las calles de Berlín. Es tranquilizador, y se siente como un bálsamo para el alma.» Scheidemann calculó que, con el tiempo, 171 de 190 periódicos socialdemócratas fueron clausurados.»

Día 15. Depuración de funcionarios

Lunes, 13 de febrero de 1933

«Para la mayoría de los empleados gubernamentales del estado federado de Prusia, los despidos masivos anunciados el tercer lunes del mandato de Hitler como canciller — que el Berliner Morgen Zeitung denominó «Gran masacre al funcionariado», y el Deutsche Allgemeine Zeitung bautizó como «método de asesinato en masa»— no podían constituir la más mínima sorpresa. Doce días antes, el miércoles 1 de febrero, el ministro sin cartera Hermann Göring había irrumpido en los despachos del Ministerio del Interior, ubicados en el centro de Berlín, concretamente en el número 76 de la avenida Unter den Linden, y con voz atronadora se había dirigido a Rudolf Diels para comunicarle que «No quiero tener nada que ver con toda esta gente inútil que está aquí sentada. ¿Es que no hay nadie con un mínimo valor?».»

«El personal del Ministerio del Interior se apresuraba a identificar a algún colega nacionalsocialista o a alguien que pudiera dar fe de su supuesto apoyo secreto a Hitler y a su movimiento, al tiempo que Rudolf Diels recorría los pasillos con aparente impunidad. «En aquellos primeros días, Göring me mantenía constantemente a su lado», recordaría Diels. A sus treinta y dos años, Diels era el jefe de departamento más joven del Ministerio estatal del Interior, pertenecía a una generación posterior y era el más inteligente y el más capacitado de todos los altos cargos. Como jefe del Departamento A-I, la unidad de la policía política, Diels contaba con unos conocimientos inigualables sobre las actividades tanto de comunistas como de nacionalsocialistas. Göring puso a trabajar a Diels en la revisión de fichas, actividades y afiliaciones políticas de los funcionarios. Y, a partir de ahí, el hacha empezó a cortar cabezas.»

«A continuación, Falck se centró en Hitler. Durante su primera semana en el cargo, el canciller había renunciado al salario que le correspondía, haciendo de ello un espectáculo público. Se trataba de un hecho sin precedentes en el servicio público del país, pero que además violaba claramente la ley de la función pública vigente. Hitler había declarado que seguiría «viviendo de la pluma», en referencia a las ventas de su Mein Kampf. De hecho, según observaba Falck, a los funcionarios la ley les prohibía complementar su sueldo con otras fuentes de ingresos. Es más, renunciar al sueldo hacía que el cargo en cuestión pasara a ser automáticamente honorario, algo que también suponía una ilegalidad en el caso de los empleados públicos.»

Día 21. Reclutar al empresariado

Lunes, 20 de febrero de 1933

«Llegado al cuarto lunes desde su acceso a la cancillería, Hitler acumulaba más poder, a pesar de que las arcas de su partido se iban vaciando […]»

«Así pues, en el transcurso de una de las primeras reuniones de gabinete, celebrada el jueves 2 de febrero, Hitler quedó pasmado al enterarse, por boca del ministro de Economía Krosigk, de que como canciller le correspondían 15.000 marcos imperiales para la inminente campaña electoral. Y cuando Frick estimó que Hitler iba a necesitar casi un millón, Krosigk recordó que Brüning, el que había sido canciller, había desviado, supuestamente, medio millón del erario público para su campaña electoral, y que el ministro presidente de Prusia, Otto Braun, también se había sometido a intenso escrutinio público por causas similares. «El actual Gobierno del Reich, que promueve la idea de honradez en la vida pública —manifestó Krosigk—, no debería exponerse a las mismas acusaciones de que fue objeto el Gobierno de Braun.»

«Como de costumbre, Hitler se quitó el problema de encima y ordenó a uno de sus lugartenientes que lo resolviera, en este caso a Joseph Goebbels.»

«En su diario, Goebbels deja constancia del aumento de su fiebre, inversamente proporcional a la disminución de los recursos de campaña. 6 de febrero: «Campaña electoral a toda máquina. Solo falta dinero». Miércoles, 8 de febrero: «Solo dolores de cabeza. No hay dinero para la campaña electoral». Jueves, 9 de febrero: «Todo está organizado. Solo falta dinero». Cuando Karl Hanke, delegado de Goebbels, le informó de la falta continuada de fondos, la frustración se convirtió en irritación, primero, y en resignación después.»

«Hitler podía asfixiar a la prensa, purgar a los funcionarios, aterrorizar a los opositores políticos, pero no era capaz de conseguir financiación para su campaña. El propio canciller mostraba un desprecio por las cuestiones financieras que revelaba desconfianza y que, en ocasiones, rayaba lo delictivo. En *Mein Kampf* había dedicado menos de diez páginas a la política económica.»

«Hasta la primera ronda de las elecciones presidenciales, todo fue bastante bien; el dinero del sector industrial entraba generosamente, informaría Die Weltbühne esa primavera. Aunque las deudas de campaña aumentaban, a los acreedores se les aseguraba que, una vez que Hitler llegara a la presidencia del Reich, cancelaría las facturas, que se iban acumulando. Pero, como publicó Die Weltbühne, «en marzo las cosas no salieron como se esperaba». Hindenburg superó a Hitler por siete millones de votos en la primera vuelta, y por seis en la segunda. Los inversores se retiraron. Hitler se vio con una deuda de seis millones de marcos imperiales.»

«Schacht retomó su papel como anfitrión de la velada. Habló de financiar las últimas semanas de campaña electoral, de la necesidad de contar con tres millones de marcos imperiales para lograr que los nacionalsocialistas llegaran primeros a la línea de meta. «*Nun, meine Herren, an die Kasse*» — sentenció—. Caballeros, es hora de apoquinar.» Uno de los asistentes se dirigió derecho hacia la puerta. El resto optó por contribuir.»

«Tres millones de marcos imperiales eran seis veces más que el fondo de reserva de Brüning en 1932, y una cantidad infinitamente superior a los 15.000 marcos que el presupuesto asignaba al candidato que ocupaba la cancillería. «Acabamos de recaudar una inmensa suma de dinero para las elecciones, de modo que nuestras preocupaciones financieras van a quedar resueltas de golpe — anotó Goebbels en su diario ese 20 de febrero—. He avisado de inmediato a toda la maquinaria de propaganda, y una hora después las imprentas ya echaban humo. Nos toca ponernos a toda máquina.»»

SEGUNDA PARTE. LA SEMANA QUE FUE

Día 29. Suspensión de las libertades civiles

Martes, 28 de febrero de 1933

«La semana anterior [al incendio del Reichstag], a Löbe le habían llegado rumores de que los nacionalsocialistas estaban planificando un falso intento de asesinato contra Hitler a fin de declarar el estado de emergencia de acuerdo con el Artículo 48 y suspender así las libertades civiles. Su intención era denunciar la trama en un próximo mitin de campaña. A Wilhelm Abegg, exsecretario de Estado de Prusia, que confiaba en ver destituido a Hitler en el mes de julio, le habían llegado esos mismos rumores, lo mismo que a Harry Kessler, un conde muy moderno que lo anotaba todo en su diario, y que ese lunes se encontraba cenando en un restaurante de Kurfürstendamm cuando el dueño del local se acercó hasta su mesa, en torno a las diez de la noche, para informarle de que el Reichstag estaba ardiendo. «El intento de asesinato ha tenido lugar hoy, pero no ha sido contra Hitler, sino contra el edificio del Reichstag», anotó en su diario.»

«El incendio del Reichstag ofrecía a Hitler la oportunidad única de suspender las libertades civiles, pero también de aplastar la soberanía de los estados y de imponer la autoridad del Reich. «En caso de que los estados no adopten las medidas necesarias para restaurar la seguridad y el orden públicos — se leía en el Párrafo 2—, el Gobierno del Reich podrá asumir temporalmente los poderes de la máxima autoridad estatal.» En el Párrafo 3 se obligaba a los altos cargos de los estados a cumplir el Párrafo 2. El Párrafo 4 detallaba las consecuencias de no hacerlo, entre ellas penas de multa y prisión, mientras que el Párrafo 5 imponía penas de muerte por actos de traición, incendio, asesinato y captura de rehenes. Los ministros del gabinete escuchaban en silencio. Cuando Von Papen apuntó que los altos cargos de los Gobiernos estatales, sobre todo en Baviera y Wurtemberg, podrían ver ese segundo párrafo como una invasión de los derechos de sus estados, y que, por tanto, debería permitírseles revisar el borrador, su sugerencia fue desestimada.»

«La tarde del martes, cuando Hindenburg aceptó estampar su firma en el «Decreto del incendio del Reichstag», que es como acabó por conocerse, los 81 delegados comunistas del Parlamento alemán ya se encontraban o bien encarcelados, o bien escondidos, o bien huidos en el extranjero. Uno de ellos, Ernst Torgler, al saber que era sospechoso de estar implicado en el incendio provocado, acudió a la policía para dejar clara su inocencia. Fue detenido en el acto.»

Día 34. Jornada electoral

Domingo, 5 de marzo de 1933

«La jornada electoral de 1933 trajo de la noche a la mañana un estallido de clima primaveral — la nieve se fundía, subían las temperaturas— y, con él, al menos en los círculos políticos de derechas, la preocupación de que los cielos despejados pudieran distraer a los votantes cuyo compromiso con el Gobierno de Hitler flaqueaba.»

«A Lochner, el director de la oficina de Associated Press en Berlín, no le impresionaron aquellos resultados. «A pesar de la campaña más costosa, agresiva e intensa planteada jamás por un partido político en Alemania, campaña en que los medios de información pública han quedado bajo el control abrumador de los nazis — recordaría Lochner—, Hitler y sus secuaces solo han obtenido el 43,9 por ciento de los votos, o 288 escaños del total de 647 del Reichstag», lejos del 51 por ciento que habían prometido los *gauleiters* de Hitler. Pero en todo caso se trataba de un resultado lo bastante holgado como para que el canciller proclamase su triunfo — «Esta Alemania no va a ser la misma que hemos conocido con anteriores cancilleres»—. El 56 por ciento del electorado no había votado por Hitler.»

TERCERA PARTE. LAS MAREAS DE MARZO

Día 50. La ciénaga

Lunes, 20 de marzo de 1933

«Himmler recurría a aquellas amenazas contra la seguridad, reforzadas por el supuesto intento fallido de atentar contra el canciller, para anunciar la inauguración de unas instalaciones con el fin de acoger de manera preventiva a los retenidos, casi todos ellos comunistas y socialdemócratas que en ese momento se encontraban en prisiones locales y centros de detención improvisados, y que a causa de su gran número estaban tensionando el sistema penitenciario del país.»

«Una cláusula especial de seguridad, conocida como «*Schutzhaft*», o arresto preventivo, que era de uso exclusivo en situaciones de emergencia, eludía el procedimiento judicial ordinario y permitía a la policía detener a individuos durante un tiempo indeterminado sin orden de detención. Al traspasar el poder de detención de los tribunales a la policía, los jueces se volvían irrelevantes, los abogados defensores, inútiles, y la posibilidad de recurrir judicialmente dejaba de existir.»

«Una semana antes del recorrido del corresponsal del Times, Josef Hartinger visitó el centro de detención. Como fiscal del estado de Múnich II, a cuya jurisdicción pertenecían Dachau y Prittlbach, estaba obligado por ley a investigar cualquier muerte que no se hubiera producido por causas naturales. Según rememoraría en sus memorias de posguerra, le parecieron sospechosas las «circunstancias físicas» de los detenidos fallecidos. Los tres cadáveres habían sido arrojados en el interior de un cobertizo, como si de piezas de caza se tratara. En palabras de Hartinger, el comandante del campo, Wäckerle, de las SS, con su látigo y su perro de presa, le causó una «impresión desoladora». «También tuve que incluir

en mis deliberaciones — añadiría el fiscal— el hecho de que todos los que habían muerto abatidos fueran judíos.»»

«A finales de marzo, por todo el país ya se habían construido instalaciones de detención improvisadas como la de Dachau. Una escuela decrépita situada a las afueras de Weimar se convirtió en el Konzentrationslager Nohra. Una cervecería cerrada, la Oranienburger Brauerei, que se encontraba al norte de Berlín, se rebautizó como Konzentrationslager Oranienburg. Un edificio penitenciario de la era imperial, a sesenta kilómetros al noroeste de Fráncfort del Óder, se readaptó para convertirse en el Konzentrationslager Sonnenburg». Un reportaje de investigación realizado de manera clandestina detallaba las condiciones de la que había sido prisión.»

«El lunes 20 de marzo, el mismo día en que Hitler anunció la apertura del campo de concentración de Dachau y en que el comisionado policial de Wurtemberg ofrecía custodia preventiva a quienes se sintieran amenazados «por motivos políticos o raciales», el *The New York Times* publicó el siguiente titular de portada: «Fugitivos alemanes hablan de atrocidades sufridas a manos de nazis». «Se dice que ya no es en absoluto excepcional encontrar, prácticamente todas las mañanas, en los bosques que rodean Berlín, los cadáveres de hombres asesinados a tiros o a causa de palizas — informaba el rotativo—. La policía los considera "suicidios sin identificar".»»

«Tres días después, el 23 de marzo, Hermann Göring, en calidad de presidente del recién elegido Reichstag, se presentaría ante los delegados de la cámara, a los que se sumaba el cuerpo diplomático y la prensa internacional, para exponer una realidad diferente de la que esta daba a conocer en sus artículos y reportajes. «Alemania nunca había sido tan pacífica […]»»

Día 53. El día de los mil años

Jueves, 23 de marzo de 1933

«Era jueves 23 de marzo de 1933 y Hitler cumplía 53 días al frente de la cancillería. La jornada se recibió o bien con entusiasmo y expectación, o bien con angustioso temor, dependiendo de la perspectiva política de cada quien.»

««Las universidades fueron «purgadas» de profesorado judío e ideas extranjeras. Se redefinió la libertad académica […] Barr asistió a la desaparición de obras de arte modernas de galerías y museos casi de la noche a la mañana. Sobre otras se colocaban avisos de advertencia. En uno de ellos se leía: «Por esta "obra de arte" se pagaron 2.500 marcos en 1924» […] La Plaza de la República, la inmensa extensión que se abría entre el Reichstag y la Ópera de Kroll, recuperó su nombre original, Königsplatz, es decir, Plaza del Rey. La Plaza del Canciller del Reich, en la que Goebbels tenía su residencia, pasó a llamarse Plaza de Adolf Hitler. La esvástica fue declarada símbolo oficial del Estado.»

«Hitler ejercía su autoridad ejecutiva tanto con benevolencia como con beligerancia. El martes 21 de marzo se aprobó un «Decreto presidencial de concesión de inmunidad contra la persecución», con el que se concedía la amnistía a individuos condenados por crímenes cometidos «en la batalla por la salvación nacional del pueblo alemán, ya haya sido preparándola, ya haya sido luchando por el suelo alemán». Ese decreto de amnistía supuso

la liberación de miles de nacionalsocialistas condenados por delitos que iban desde desfalcos a asesinatos, y a él se acogieron también los célebres «Cinco de Potempa», cuyo salvaje asesinato de un inmigrante polaco el verano anterior había horrorizado al país, y que ahora eran calificados de héroes. El principal autor de aquella muerte, Paul Lachmann, fue nombrado alcalde de Potempa. Al saber de la suerte de los asesinos de Potempa, Klemperer anotó en su diario: «Cada nuevo decreto del Gobierno, cada nuevo anuncio, resulta más vergonzoso que el anterior».»

«La incontrovertible imagen de Hitler y Hindenburg dándose la mano confirmaba los rumores que habían circulado desde hacía tiempo, y que suscitaban una creciente consternación y cada vez más preguntas. ¿Por qué Hindenburg se había plegado a las medidas de Hitler, que eran cada vez más autoritarias? ¿La disolución del Reichstag? […] Löbe, el que fuera presidente del Reichstag, sospechaba que la adaptación de Hindenburg a Hitler podía tener menos que ver con la indulgencia y más con el chantaje. Según el líder socialdemócrata, el presidente del Reich y su hijo, Oskar, estaban involucrados en el inmenso Osthilfe Skandal, o Escándalo de la Asistencia en el Este, en el que aristócratas de la Prusia Oriental habían desviado centenares de millones de marcos imperiales de subsidios gubernamentales pensados para salvar a los agricultores de la bancarrota, pero que habían acabado en los bolsillos de aquellos.»

«El miércoles, los delegados del Reichstag se habían quedado hasta muy tarde deliberando sobre su respuesta al borrador de la Ley Habilitante que había de otorgar a Hitler un poder sin cortapisas, y que iba a presentarse a votación de los delegados el jueves por la tarde. ¿Había que votar en contra de la ley propuesta como señal de resistencia por principio y obligar a Hitler a reclamar para sí un poder dictatorial sin la mayoría de dos tercios de la cámara? ¿O era mejor plegarse a lo inevitable y mantener cierta sensación de orden constitucional con la esperanza de que, de esa manera, se alentaría a Hitler a seguir respetando al menos el más mínimo vestigio del Estado de derecho?»

«Wels no negaba la necesidad de reforma, pero insistía en que debía tratarse de un empeño «nacional» colectivo, y no una empresa «nacionalsocialista» excluyente. Reprendió a Hitler por pretender erosionar la República de Weimar, y por los odios y divisiones que había sembrado. Declaró que, más allá de los males con los que Hitler pretendía castigar al país, los valores democráticos, fundacionales de la república, resistirían. «Ninguna Ley Habilitante le otorga el poder de destruir ideas que son eternas e indestructibles», sentenció.»